

cacion, siquiera para comer un par de días. Plantóme un peso duro en la mano, y yo le dije de este modo: Si tuviéramos aquí á nuestro amigo don Servando, él nos alumbraría con cuantas leyes hay en las Partidas, y á pesar de la Constitución se podría trampear el negocio; pero, como está tan lejos, y el de Yébenes nos aprieta, yo no encuentro cosa mejor que el que vmd. alegue un ejemplar que está saltando á los ojos. Vmd. ya sabe lo que pasó con las temporalidades de los jesuitas: el Rey se echó sobre ellas, y empezaron á administrarlas por cuenta de la Real Hacienda. Ignoro si fué mucho su producto, ó si, como dicen malas lenguas, todo ó lo más se quedó entre las uñas de los administradores; lo que sé decir es, que en tiempo de Carlos IV se señalaron bastantes pensiones á muchas viudas y huérfanos sobre esta clase de fondos. Los interesados las estuvieron cobrando pacíficamente hasta que volvieron los padres, y sin embargo de que éstos han recogido para pocos lo que sobraba para muchos, se han cerrado enteramente á la banda sobre eso del pagar las pensiones. Las viudas y los huérfanos, y los establecimientos públicos que las gozaban, se han quedado al piste, y por más órdenes y decretos que se han expedido para que se les pague, los padres se han salido con la suya, y no han aflojado una peseta. Decía yo, pues: deuda por deuda, ¿qué más da la de vmd. que la de los padres jesuitas? Y si ellos no pagan, ¿por qué ha de pagar vmd.? Lo que tenemos que hacer es irnos á buscar, un cierto señor obispo, á quien yo conozco, que así como ha sabido dar carpetazo á las reales órdenes, é impedir que sean oídas las viudas, así también puede, por caridad, indicarnos el medio de burlar al de Yébenes.

Admirable pensamiento, me dijo, y dándome un apretón de mano, se fué al meson de los huevos, que es la posada indica de los cuadrilleros del uniforme verde, y yo me retiré á casa á dar una vuelta por mi familia. Allí me encontré con dos esquelas á un tiempo, en que me llamaban para copiar borradores, que es lo único en que ahora se pueden ganar algunos cuartejos, y le aseguro á vmd. que más hubiera querido que viniese una despues de otra, porque me figuro que ha de haber mucho que hacer para poner en limpio los dos asuntos de que tratan. La primera que leí es de un señor general, que tiene honores de golilla, y que aunque nunca ha salido de la corte, no sólo ha sabido ascender á los primeros grados de la milicia, sino que tiene todas las insignias, órdenes y condecoraciones que han salido desde Carlos III acá. El hombre se ve hoy una mijita comprometido sobre ciertos dictámenes que se le pidieron hace algun tiempo, y ya se vé, como él no era profeta y vió que la maza estaba levantada sobre dos clases de sujetos, juzgó que era más sencillo hacer que descargara encima de ellos, que no tenerla suspensa tanto tiempo contra las leyes de la estática.

La otra esquela era de un eclesiástico de muchas campanillas, contra quien van lloviendo tantas que-

jas de todo el tiempo que ha estado ejerciendo un destino de importancia, que al fin y al cabo recela que se ha de dar á su costa una satisfacción al público. Yo lo sentiría mucho por cierto, porque tengo fundadas esperanzas de que me reciba por su mayordomo ó cosa semejante, como que nadie quiere que le sirva sino gentes así como yo, que piensen de la misma manera que él; y como van quedando tan pocos de nuestro modo de pensar, no habrá quien me dispute la conveniencia. Lo cierto es, que así uno como otro quieren dar un *manifesto*, cada uno á su manera, porque dicen ellos, y dicen bien, que este modo que se ha descubierto de poco acá es el mejor y más sencillo para despues que uno ha hecho lo que le ha dado la gana, dejar á todo el mundo con la boca abierta: como que se hace uno los cargos á sí mismo, y responde lo que se le antoja, y pone los documentos que quiere, y como quiere, y con la fecha que quiere, y por fin y postre le dejan la renta, y el que viniere atras que arree, y el que fuere tonto que estudie, y santas pascuas.

Al correo inmediato daré á vmd. razon puntual de cómo ya este asunto, y le enteraré de otras cosas que nos interesan. Entre tanto queda de vmd. afectísimo.—EL LAMENTADOR.

CARTA IV.

DEL POBRECITO HOLGAZAN Á DON SERVANDO MAZCULLA.

Amigo y señor: Dejé, si no me engaño, pendiente mi última carta en aquellas esquelitas que acababa de recibir de mis dos favorecedores; y en efecto, apenas me acepillé el vestido, cuando me fui en derechura á presentar mis respetos á S. E. Halléle en su gabinete revolviendo mamotretos y deshaciendo legajos, que, segun el colorcillo de manteca rancia que tenían, me parecieron no haberse visto en soltura de muchos años acá. Apenas me hubo mirado, echó mano á los anteojos y me dijo de este modo: «¿Parécele á vmd., amigo, que á un hombre de mis servicios se le ponga en precision de cantar la palinodia? Supongo á vmd. enterado de las bolinas que corren, y acaso no ignorará que me veo en precision de imprimir un *manifesto*. No es esto lo que me apura, porque además de que ya me lo tiene enjaretado un amigo que me estima, tengo aquí una coleccion de los que más han sonado en estos años atras. Lo que sí me mortifica es, que hasta tanto que salga tengo que guardar clausura, y no presentarme con mi berlina por ese Prado adelante, como tenía de costumbre. Hasta el compañero que iba todas las tardes conmigo se ve también atacado, y no se atreve á salir de su escondite. Por lo tanto, yo quisiera que vmd. no retrasara el ponerle en limpio, y para que no pueda equivocarse en los elogios que debe tributarme, quiero que vmd. vaya repasando conmigo esta hoja de servicios, que he encontrado aquí á la mano.

«Piensan por ahí cuatro tontos que para haber llegado á teniente general no he tenido más que favor y más favor; pero yo les haré ver ahora que no me han hecho más que justicia rigurosa. Porque ha de saber vmd. que todavía no habia cumplido nueve años cuando me veía ya con dos charreteras en los hombros y mi despacho corriente, por los muchísimos méritos que habia contraído mi madre, siendo *señora de honor*. Más de seis años estuve agregado á los regimientos que habia de guarnicion en la corte, y precisado todos los meses á irme á presentar en la revista; vi pasar por cima de mí muchísimos capitanes más modernos que yo, bajo pretexto de que habian perdido algun miembro de su cuerpo en la guerra de Gibraltar. Entre tanto ya me iba apuntando el bigote, y si no es por un almuerzo que se dió en la casa del Labrador, acaso no hubiera salido á jefe hasta estar harto de cumplir diez y seis años. Por fin me hicieron teniente coronel agregado, y tuve que ponerme en marcha para el Puerto de Santa María, separándome de mi pobre madre, y sin más recomendacion que unas cartas del Ministro de la Guerra para el capitán general de Andalucía. Este señor me precisaba á ir muchos días á su mesa, y hasta me encargó una comision de traer pliegos á la corte, anunciando la llegada de una flota; vea vmd. si este servicio no merecia la miseria que me dieron, que fué el grado de coronel. Pues hasta eso lo llegaron á murmurar. Detíveme aquí unos días, y como no era razon que habiendo yo servido tan bien á la patria no se me concediera algun descanso, mi madre reclamó, como era justo, que se me emplease en la Secretaría, sin más objeto que el de cobrar alguna cosa más de sueldo. Allí aguanté todo el tiempo que duró la guerra anterior de Francia, y cuando se hizo la paz, ya se caía de su peso que me dieran la encomienda que disfruto en la Orden de Santiago. Luégo tuve que aguardar á un día de besamanos para lograr el bordado de brigadier. Veá vmd. si hasta entónces tendria nadie que decir de mi carrera; pues con todo eso no me han faltado enemigos y envidiosos que han estado murmurando de mis adelantamientos, sin considerar que otros apenas andan á gatas cuando ya son mariscales de campo. En verdad, en verdad, que yo no lo fui hasta la campaña de Portugal, cuando conquistamos el *naranjal de Yéves*, que nos costó más sangre que lo que á vmd. le parece. Finalmente, cuando llegaron los franceses, yo me exalté de puro patriotismo, y de paso para Cádiz me acerqué á la Junta de Extremadura, donde me dieron el grado de teniente general.

«Todo esto que he dicho á vmd., lo verá confirmado en ese legajo, que no hay más que ir buscando patentes, para que se vea que no miento. Pues por lo que hace á insignias, no hay una que yo no me haya ganado; á bien que no tienen más que mirarme al pecho cuando voy á la corte, que apenas tengo uniforme donde me quepan. Por eso S. M., que hasta ahora sólo ha premiado el verdadero mé-

rito, me colocó en el Supremo Consejo de la Guerra, para que con mis luces y experiencia militar organizase el ejército, y cuidase, sobre todo, de poner trabas á las purificaciones. Esto es, en compendio, lo que vmd. ha de poner de letra bien clara en el *manifesto*, tocando ligeramente eso que dicen por ahí de los dictámenes particulares que puse, porque, además de que yo me propongo desvanecer esa especie verbalmente, con sólo que vmd. recalque un poco sobre *mi nacimiento, mi honor, los altos destinos que me han sido confiados, y sobre todo mi acendrado celo por el servicio*, estamos despachados, y Cristo con todos. Para documentos justificativos puede vmd. copiar al fin todas las patentes y despachos que tengo, y aquel oficio que me pasó el alcalde de Don Benito, contándome el suceso de la Albuera.»

Con esto me retiré á mi casa, y despues de haber puesto en orden todos los papeles, me dirigí á la del otro señor eclesiástico que me habia enviado á llamar. Como yo ya sé su genio, procuré mesurar mi semblante y mis palabras para no contradecirle, y aguantar algunas impertinencias que tiene. Encontré al lacayo en la antesala, y como éste no sabia que yo iba allí llamado, me dijo que no tenía que esperar al amo, porque estaba rezando maitines interin llegaba la hora de darse la disciplina. Díjeme entónces que yo no me hubiera atrevido á venir á molestarle si no me hubiesen enviado á llamar para cierto encargo que se necesitaba de prisa. Levantóse de la silla y pasó á dar el recado al señor, quien dió orden inmediatamente de que pasase adelante. No estaba, por cierto, rezando maitines, sino tomando un jicaron de chocolate con muchísimos bizcochos, y sin levantar la vista me preguntó si yo era todavía cristiano católico, ó si me habia dejado pervertir por las máximas del día. «Bonito soy yo para eso, le respondí; apuradamente ninguno es más enemigo que yo de lo que está pasando, y cada día me acuerdo más de lo que perdimos todos en que ya no se escuchan los santos consejos de los varones apostólicos que hasta ahora han llevado el timon de la Iglesia y del Estado. Pero Dios querrá que esto cambie, y que veamos otra vez encendida la antorcha de la fe, que se va apagando á toda prisa.»

Entónces me miró de arriba abajo, y poniendo una cara algo ménos austera que hasta allí, «Bien parece, me dijo, que no ignora vmd. los grandes servicios que se hacen á la nacion con abocarse uno exclusivamente las propuestas de todos los destinos de importancia, porque con eso nadie sale acomodado sino el que tiene el modo de pensar que se le manda. Mi dictámen ha sido siempre que ninguno que se rie puede ser querido de Dios; que los hombres necesitan mucho palo, y que no poniendo al frente de todas las corporaciones hombres duros y apasionados á obedecerme, el altar y el trono corrian un peligro inminente. Pero esto no es del caso; lo que yo necesito es que vmd. vea de coordinar un *manifesto*, así, á manera de pastoral, que piensó

dar á luz un día de estos, para desvanecer ciertas voces que susurran sobre si me debo ir ó no á mi iglesia, porque dicen que ya no hago falta. Yo sé muy bien que la hago, y sé mucho mejor que no tengo gana ninguna de ir á tratar como iguales á los que han sido mis súbditos; sé lo que son cabildos, y yo nunca he podido estar en paz con ellos; con que, vea vmd. el modo de arreglar esos materiales, porque mi cabeza no está para tales ocupaciones.»

Inclinó la suya, haciéndome señal de que me marchára, y yo le obedecí con disgusto, porque deseaba hallar algún hueco para espetarle mi pretension. Verémos si cuando le lleve el trabajo concluido puedo tirar alguna puntada que me asegure la bucólica. El trabajo no era difícil porque ya estaban indicados los medios de defensa, siendo el principal de todos recordar al público que no hay medio más seguro para ganar el cielo que olvidarse de las injurias recibidas, y colmar de nuevos beneficios á los que nos han hecho mal. Con esto, y con unas cuantas citas de San Pablo y de la *Sagrada Escritura*, quedó demostrado que á lo hecho pecho, y agua pasada no muele molino.

No tardarán en salir al público, y yo tendré buen cuidado de remitírselos á vmd.; pero entre tanto quiero enterarle de cómo van estas cosas, porque me parece que le ha de ensanchar el ánimo lo que voy á decirle. Ya sabe vmd. que lo que más me afligia, cuando empezaron estas trapisondas, era el ver que todos los madrileños se habían dado de ojo para no remover aquellas especies de que nosotros hemos sacado tanto fruto en estos últimos años. Quiero decir, aquellas designaciones de partido, con las cuales supimos mantener una guerra abierta entre familia y familia, haciendo que una parte de los españoles mirase á la otra como indigna de merecer este nombre. Nadie puede negar la utilidad que sacó la patria de tener divididos los ánimos hasta el punto de que no sólo fuesen excluidos de los empleos aquellos que nos podían hacer sombra, sino también desechados de la sociedad y privados de respirar el aire patrio. Nosotros tuvimos el gusto de marcar sus frentes con los ingeniosos mote de *liberales* y *afrancesados*, y no contentos con declararlos incompatibles con nuestro verdadero interes, supimos también enzarzarlos á ellos entre sí para que se aborrecieran mutuamente, ó á lo ménos para que se mirasen con recíproca desconfianza. Era cuasi imposible que se reconciliarán nunca, y de este modo estábamos seguros de conseguir cuantos destinos vacasen. Pero aquel aciago día del 9 de Marzo, este pueblo de Madrid, que es un bragaza, empezó á pedir á gritos la amnistia general, sin distincion de personas, aturdiendo el palacio, la plazuela, las casas consistoriales y todos los sitios públicos, hasta que arrancó el fatal decreto de olvido y de libertad.

Le confieso á vmd., amigo, que por entónces miré nuestra santa causa como perdida enteramente, y que no hubiera dado un pito por el triunfo de

nuestro partido. Mucho más creció mi desconsuelo cuando supe que se había dado orden para que pudiesen volver al seno de sus familias todos esos bribonazos que impidieron el saqueo de Madrid, de Sevilla y de otros pueblos cuando la invasion francesa; sobre todo, aquellos pícaros que, hallándose ejerciendo la judicatura, no abandonaron el foro para trasladarse á Cádiz, donde cabia todo el mundo, y desde cuya plaza podian administrar justicia á los pueblos que les estaban encomendados. Ellos fueron la causa de que se detuvieran los progresos de la anarquía, y hasta hicieron la iniquidad de que se estableciese algún orden en el pago de contribuciones. Yo les aseguro que, por el voto de vmd. y por el mio, nunca habian de haber tenido ni aún remota esperanza de volver á abrazar á sus madres, esposas, hijos ni amigos, ni aún el de beber las aguas de los rios que les vieron nacer. Pero este bárbaro pueblo, que es generoso y noble por instinto, lo primero de que se acordó fué de pedir al Rey que olvidára él mismo sus agravios, y que los hiciera olvidar á todos los españoles.

Pero aquí de mis artimañas y de las de todos los nuestros. Lo primero que hemos hecho ha sido introducir la duda de si el decreto, que está concebido en términos generales y que no ofrece la menor dificultad, es aplicable á los *afrancesados*; si debe interpretarse con arreglo á lo que dice, ó á lo que debió decir; si fué ésa la intencion del pueblo ó la del gobierno; y, finalmente, si la orden comunicada á los embajadores de Lóndres y de París se ha de revocar ó no. Ya vmd. conoce que esto es muy interesante para lo sucesivo, porque como las ideas de los *afrancesados* son tan parecidas en ciertas cosas á las de los *liberales*, no tardarian casi nada en unirse contra nosotros, y nos veriamos negros para poder alternar con ellos en la provision de destinos, que es el objeto principal de nuestras ansias. Pero ya, gracias á Dios, vamos sacando partido y empiezan á dejarse persuadir de nuestras insinuaciones; de modo que si logramos que los liberales se declaren otra vez enemigos de los *afrancesados*, sin remedio ninguno vamos á tener bajo nuestras banderas á los unos ó á los otros.

También debe vmd. tener esperanzas en la santa liga de los príncipes del Norte, que el que más y el que ménos está temblando de que se introduzca aquí la herejía de Lutero, porque, como todos ellos son católicos apostólicos romanos á machamartillo, es regular que cada uno envíe un ejército, en forma de cruzada, para sujetar á estos locos. Lo que si debe darnos cuidado es, el que abran los ojos los propietarios de la nacion, que es en quienes reside la verdadera fuerza, porque si ellos llegan á formar una liga, aunque no sea santa, estoy bien cierto de que nos van á reducir á la dura necesidad de que trabajemos todos los que gustamos de holganza. Pero no es de esperar que una gente que tiene puestos sus cinco sentidos en la vil ocupacion de cultivar la tierra se vaya á penetrar de las ventajas que les ofrece la Constitucion, ni que

deje de mirar con respeto á los que siempre los han tenido á los piés de los caballos. No en vano decia un hombre docto que miéntras se conservára en España la aficion á la teología, no habia que temer alborotos ni sediciones; porque, ya se ve, si en un pueblo de cien vecinos los veinte tiran para beneficiados, catorce para abogados, seis se meten frailes, cuatro estudian para escribanos, ocho se vienen á ser lacayos á Madrid, tres se dedican á barberos, otro á herrador, aquél á carretero, y si luégo se descuentan el sacristan, el monago, el médico, el boticario y el maestro de niños, vea vmd. lo que queda para cultivar las tierras, las viñas y demas zarandajas del campo.

Otro arbitrio hemos discurrido para cortar los vuelos á las ideas del día, que es poner en ridículo eso que llaman el *juramento*; porque, decimos nosotros: si eso que se jura fuera con ánimo decidido de cumplirlo, una de dos, ó se apresurarian á prestar el juramento muchas personas que se sabe que no le prestan sino á regañadientes, ó se resistirian con noble franqueza á prestarle; es así que apenas juran, cuando ya están obrando en contra de lo jurado, ergo esto no es más que una farsa para salir del apuro. Yo asistí el otro día al juramento que prestó una corporacion de esta córte, y por cierto que tuve un rato muy divertido, porque fué tal la jarana y la gresca que se armó, que era cosa de reir uno las tripas. Verdad es que estaba abierto el libro de los *Santos Evangelios*; que habia delante la imagen de nuestro Redentor Jesucristo (y por cierto que era de plata); que se les puso á cada individuo la señal de la cruz y se interpeló el augusto nombre de Dios; pues, con todo eso, se estaba viendo en algunos que aquello no era más de por cumplir, y en los más se descubria la violencia con que pronunciaban el *sí juro*. Yo conocí que tenian razon, porque, como ya tantas veces se han jurado tantas cosas, y nadie ha pagado el pato sino los tontos que lo cumplieron, lo mejor es jurar como en un barbecho, y luégo hacer lo que á uno le tenga cuenta; ¿está vmd.?

También nos tiene ofrecida su pluma un poeta de nuestro bando, porque es del bando de todos; y yo no sé si es por la fuerza de sus versos, ó porque sabe cuándo los ha de hacer, lo cierto es que el partido que él alaba es siempre el que queda encima. Cosas le he visto yo, en otros tiempos, ensalzar hasta las nubes, que todos decian que debian estar debajo de tierra; pero también el pobre que quedaba debajo ya podia encomendarse á Dios, porque en un abrir y cerrar de ojos le espetaba una sátira que lo volvía loco, aunque el día antes hubiese comido en su casa, y á los postres le hubiese pedido prestada una onza. Es hombre de mucho provecho y que á pura copla ha sabido calzarse un destino útil y descansado. Ya dice él que se va á jubilar como poeta, pero nos tiene dada palabra de que, luégo que esto cambie de modo que no haya duda ninguna, el primer soneto que componga ha de ser en alabanza de la Inquisicion, y

unas letrillas á la Orden Tercera de nuestro padre San Francisco.

Igualmente he recibido una carta de un caballero cruzado, que tuvo mucho favor en su tiempo, como que corrieron voces de que iba á estar en el candelero; también la echa de escritor y era una de las columnas de la Iglesia y del Estado, como que le valió bien uno y otro. Si supiera vmd. qué pesetas hizo en poco tiempo..... sobre que su casa era una colmena. Allí las cajas de dulce, los jamones, las cargas de chorizos, el aderecito para la señora, los juguetes para los niños, y de cuando en cuando los cartuchos de medallas, por via de gratitud; pero nada de simonia ni de cohecho. Sí, ¡bonito era para tales picardias! Como que una vez que le regalaron unas peras en una bandeja de plata, salió muy enfadado hasta la puerta, diciendo á los criados que por qué habian recibido las peras. Yo concurrí algunas veces á su tertulia cuando tenía mangoneo, y en mi vida he visto junto tanto señor de respeto. De obispo abajo, no habia clase de sujetos que no gustáran de oírle, pero él á todos los hablaba en su lengua, y como tenía aquel *coram vobis* y aquella majestad en el hablar, les hacia creer á todos cuanto le daba la gana. Y no tenía maldita la vanidad, porque aunque hizo grabar su retrato de cuerpo entero, no fué más de porque se lo rogaron algunos amigos suyos, que estaban mal con que él no se diese á conocer por ese mundo. Me parece que le estoy viendo todavía con su vestido bordado, sus veneras, su escudo como el mio, y aquel andar tan posado que parecia un embajador. Dios le bendiga por el bien que me prometió, y que me hubiera cumplido sin duda alguna, á no haberle levantado un caramillo, que le hizo saltar de aquí, con mucha pena de los buenos. ¡Oh envidia, envidia, y qué de males acarreas! Ya se ve, si en cuanto vieron que no habia logrado ser lo que él deseaba, empezaron á hacerle burla hasta los pretendientes, y eso que les habia prometido no recibirles la *excelencia*. Pero á fe que ya me dice que, en cuanto se vuelva la tortilla, no ha de dejar obispado donde no cobre una pension, y lo creo, porque es hombre capaz de hacerlo como lo dice.

Vea vmd., pues, cómo aquí no perdemos el tiempo y vamos preparando materiales para nuestra empresa: no se descuide vmd. de su parte, y dánome aviso de sus progresos, mande á su afectísimo amigo. — EL LAMENTADOR.

CARTA V.

DE LOS LAMENTOS POLÍTICOS DEL POBRECITO HOLGAZAN.

Respuesta de don Servando á las dos anteriores del Lamentador.

Ya escampa y llueven guijarros, amigo Lamentador. Vmd. me escribe muy satisfecho de que no pueden llegar á más sus pesadumbres, ni la insolencia de esos provocativos; pero al fin y al cabo me consuelo con saber que no recibió otro daño, al pasar por la Puerta del Sol, que una ligera rechifla, que no vale dos cominos. Esto de por acá sí que va